

CAPÍTULO XIV

Los monederos. — Resolución. — Quejas de un padre. — Amalia la bulli bulli. — El incógnito.

Pepe y Tacho llegaron al pueblo después de la oración, dieron un silbido cerca de la casa, y al instante se abrió el zaguán y apareció Camila de franelas con una carita muy festejosa, diciendo: — Ahí está un pozo, D. Pepe, no se vaya á caer, cuidado con el perro que anda suelto, no lo vaya á dejar sin pandorillas, y otras mil chanzonetas satíricas porque ya hacía tiempo que no había vuelto; cuando estuvieron en la sala, después de los recíprocos abrazos con todos, lo primero que preguntó Camila fué: — ¿Déme razón, D. Pepe, cómo está mi jefe Astucia? — Le fué tan mal en el alojamiento que no le han quedado ganas de volver, lo mismo que á mis demás hermanos. — Parece que el que más le interesa es el tal jefecito, ¿no es verdad?

— Sí, para qué lo he de negar, lo quiero mucho porque no apesta á chinche como los demás; voy á disponer la cena mientras Manuel los informa de lo acontecido. — ¿Pues qué ha sucedido, Manuel? — Hombre, que tanto va el cántaro al pozo hasta que se queda dentro; después de haber dado bastante guerra el maldito Grillo ayer á la madrugada lo pasaron por aquí cincuenta dragones porque ofreció si le conmutaban la pena, entregar á sus cómplices, y según nos ha dado por las narices quién sabe cómo le vendrán las botas á D. Gaspar su pariente; yo luego ensillé y á pesar de haber puesto su telégrafo las mujeres, me fuí derecho para la barranca del Zopilote y allí con el espejo les soltamos á vds. el galgo pues calculaba que vendrían en camino, y no por darle al violín le dieran al violón causándoles algún trastorno, también mandé á mi tla-

chiquero para que se fuera á una vista emboscándose por ahí, volvió hoy al medio día y me dijo que habían cateado todo el rancho de la Soledad en busca de D. Gaspar, al cual siempre lo hallaron en Tecorrales, que se lo llevaron en unión de otros dos que estaban haciendo tlacos falsos, con todo y herramientas, que continuaron derechos para el puerto en donde sin mucha ceremonia fusilaron al Grillo y lo dejaron colgado en un ocote, cortaron por el pinal y se fueron derechos para el valle con su nueva presa.

— Gracias á Dios que salimos de esa canalla, dijo Pepe, á pesar de que todavía puede causarnos el tal D. Gaspar más de cuatro disgustos, tienen esos malditos mucha raíz y no es fácil exterminarlos de pronto, se corta el tronco, se quema, y siempre salen retoños, ¡qué semilla tan maldecida! Apenas acababa de decir eso Pepe cuando se percibió el galope de un caballo, y luego un fuerte toquido en el zaguán, se paró presuroso á abrir y fué entrando Astucia, que habiendo encontrado el rancho vacío y la novedad del arresto de D. Gaspar, dejó provisionalmente á Felipe el hijo de Ciriaca cuidando, mandó con el arriero avisar á los demás de lo ocurrido, y se bajó para el pueblo á media rienda á juntarse con los otros antes de que partieran, como también á disponer lo que fuera conveniente.

Al entrar Camila cargada de cazuelas las dejó precipitada en la mesa, gritando: — ¡Albricias, albricias! ¡ya pareció Juan perdido! ¿A qué santo le enciendo la lamparita por este milagro? Y abrazó á Astucia con entusiasmo. — Sabes, Camila, que Tacho se está enfoscando. — No hace mucho que nos has declarado que quieres mucho á Astucia porque no apesta á chinche como los demás, y ahora se te conoce á una legua el regocijo que te causa su presencia. — Es cierto, y por si se le olvida se lo repetiré; en cuanto á Tacho, si es que se enfosca como vd. dice, ya se cuidará de demostrarlo, porque no hay cosa que más me choque que un hombre necio, demasiado me conoce, y yo le aseguro, D. Pepe, que está la leña verde para que pueda arder con semejante ocoté aunque el diablo la sople; Astucia es amado de mi amado, y por lo mismo amado por mí. Siguieron bromeando un rato y tomando la palabra Astucia le dijo á Manuel: — Mi principal objeto al venir aquí, ha sido ver si le

conviene á vd. manejar el rancho de la Soledad ó tomarlo en subarriendo con las mismas condiciones con que lo tenía D. Gaspar, que son sumamente ventajosas, pues con nosotros tenía vendidas sus cosechas de cebada y algún maíz, con el gasto que le hacíamos de cocina nos pagaba las rentas, y le quedan libres todas las labores, esquilmos de leña, carbón, raspa, crías, etc., sin que le hicieran falta los pastos reservados de arriba que tenemos apartados para que agosten nuestras mulas. Vd. nos merece entera confianza, es nuestro amigo, ha sido de la rama, y todos tendremos mucho gusto en que mejore de situación. — Señor Astucia, contestó Manuel, cuanto tengo y cuanto valgo, lo debo á la generosidad de los Hermanos de la Hoja; les pertenezco en cuerpo y alma, y vd. puede, mi jefe, disponer de mi persona como guste. — No, amigo mío, sino como á vd. le ofrezca mejor conveniencia. — Es inconcuso que de subarrendatario; pero eso me es imposible, no cuento con ningún fondo para hacerme de apero y mueble y sin él, perdería el tiempo. — Pues entonces no hay que hablar más, mis hermanos siempre aprueban lo que yo hago, y en este supuesto le pondremos la espuela, por lo pronto con trescientos pesos que hay nos irá devengando con pasturas ó como pueda, y si acaso necesitare más, avíseme, que mi ánimo es auxiliarlo de cuantos modos nos sea posible.

No hallaba Manuel voces con que demostrar su agradecimiento y lo mismo Mariquita su esposa; pero Camila los quitó de su cuidado diciendo: — Gracias, charrito, y para que vea que somos agradecidos tenga. Y empezó á darle de abrazos diciendo: Este para Pepe el Diablo, éste para Chepe botas, y así fué dándole uno para cada uno, hasta que terminó con uno más apretado que lo hizo trastabillar, diciendo: Y éste para su jefe, para Astucia mi hermano.

Acabada aquella escena quedó decidido que Manuel fuera el subarrendatario, que allí le dejarían en poder de Felipe los trescientos pesos para que si le convenía comprara á la familia de D. Gaspar sus animales y existencias, y en caso de que faltara dinero contara con el fondo común de los Hermanos de la Hoja, que mientras se arreglaban algunos negocitos que tenía pendientes, y había persona que fuera á reclamar los intereses

de D. Gaspar, quedara Felipe de simple cuidador bajo las órdenes y vigilancia de Manuel. Después de esto se pusieron en marcha. — Yo no sé qué presentimiento tengo, dijo Pepe desprendiéndose de los brazos de Camila y haciendo del ojo á sus compañeros, prosiguió: — Quién sabe si por ahí nos espera algún peligro, esa misma corazonada ha tenido Tacho al salir de la villa. — Adiós, adiós, respondió Camila, ¿pues de cuándo acá andan vds. con corazonadas y temores? no faltaba más sino que ahora se volvieran maricas, no, señor, alma grande y confianza en Dios. — ¿Qué de veras tienes miedo, Tacho? — Yo no sé lo que tengo, contestó para llevar adelante la burla, pero siento cierta inquietud y desazón que... — Que debes desechar como mal pensamiento, y la verdad la verdad, si empiezas con esos remilgos y corazonadas vale más que tires las calzoneras y te pongas un zagalejo, no te juntes con los hombres, y no te me pares delante porque yo no puedo ver á los cobardes. — Con una piedra matas muchos pájaros, Camila, replicó Pepe. — Mejor que mejor, al que le venga el saco que se lo ponga, ya lo dije.

Al despedirse de Tacho lo abrazó con el entusiasmo de siempre diciéndole quedito: — No me olvides, y que Dios te ampare. Viendo á su genio festivo salió á cerrar el zaguán animándolos con mil dichos, burlándose de sus presentimientos y riéndose de ellos. Se detuvieron un poco de orden de Pepe, que mirando luz en la ventana de la pieza de Camila, apeándose, dijo: — Vamos á espigar lo que hace esa taravilla. Se arrimaron sin hacer ruido y vieron por una rendija á Camila, que después de encender una vela de cera se puso arrodillada delante de una imagen de la Virgen, y con mucho fervor empezó á rogarle que cuidara de los Hermanos de la Hoja y principalmente del tierno objeto de su amor, acabando por limpiarse con la mascada los ojos en que asomaron sus lágrimas, y como reconviniéndose á sí misma, exclamó: — *Si ya en tus manos encomiendo su suerte, Madre mía, ¿por qué me apuro?* soy una tonta, tal vez ese mal intencionado de D. Pepe ha querido meterme miedo para burlarse de mí, es tan chancero; pero sí también Tacho lo afirmó, y Astucia se quedó formal, ninguno es cobarde, ¿qué sucederá, Dios mío? este cuidado me va á tener muy inquieta hasta que vuelvan. Y hablando sola otras mil cosas, se salió para las otras piezas.

Tanto afligió á Tacho el estado de su querida que quiso tocar la ventana para desengañarla, pero le conoció la intención Pepe y tomándolo de un brazo lo separó de allí. — Hombre, dijo Tacho, ¿para qué la hemos de dejar en ese cuidado? — Para que más gusto le cause el verte volver sano y salvo, marchémos. Se pusieron en camino y Pepe le dirigió la palabra á Tacho diciéndole: — ¿Dime, hermano, cuál de las dos mujeres que te aman es más sincera? Adelita al despedirse ha demostrado su dolor dándole el patatús, tal vez esperando que la cogieras en brazos y le hicieras los acostumbrados cariñitos con que la alivias, mientras la nana te entompeataba lo del arreglo del matrimonio culpando tu frialdad; ésta nos ha echado la mula y mofado riéndose de nuestras corazonadas; aquélla quiso que la vieras padecer cayendo en los brazos de la madre, ésta excusa su cuidado con risotadas, y cae á solas de rodillas implorando en tu favor los auxilios divinos. ¿En cuál de las dos adviertes más pruebas de amor? ¿quién es la que más se interesa por tu suerte, y obra con sinceridad? Prescinde de interioridades, Tacho, piensa con juicio, el corazón jamás engaña, no te alucine el lujo y ostentación, no te embriague el artificial aroma de las esencias y perfumes, si por allá te brindan interés y dinero, por aquí te dan pruebas evidentes de un verdadero cariño, tal vez aquel patatús fué fingido, mientras que en lo que has visto no hay ficción, estudio ni coquetismo. ¿Qué no te ha dado en qué pensar el empeño de doña Pomposa en que seas tú su yerno?: para que esa señora que presume tanto fausto, admita emparentar con un pobre arriero, con un público contrabandista, ha de tener algunas miras secundarias que tal vez refluyan en tu perjuicio, ó en el de tu familia: ¿qué así no más se le da gusto á una hija caprichosa que ya cuenta más años que tú, y se ofrecen cuantiosos intereses sin más que por tu linda cara? Desengáñate, hermano, te han visto cara de guaje, te tienen por un ranchero simplón y serías el instrumento de miras bastardas ó tal vez el que cubriera algún yerro lamentable de la niña, una fragilidad de las que pocas románticas se escapan, y te digo que harías muy bonito papel por cierto; adonde tu padre te ha hecho esa prevención, alguna razón poderosa le asiste, muchas reflexiones podría hacer en contra de la Adelita, y doble



¡ De rodillas, miserable!

tanto en favor de Camila ; pero no eres tan niño que las ignores, necesito tu resolución, y para tomar ó no parte en estos asuntos, dime definitivamente ¿por cuál te determinas?

— Por Camila, Pepe, por Camila y que cargue Judas con Adela, doña Pomposa, y D. Tranquilino. — Corrientes, pues á la vuelta de este viaje que seguramente será el último que echemos porque ya las aguas nos lo impiden, mientras agostan los hatajos, yo me veré con tu padre y te ofrezco á fe de hermano y buen amigo, arreglar todo.

Cuando regresaron, hicieron lo que tenían de costumbre, se quedó el Jato en la Soledad, y un hermano y dos arrieros se fueron con la mulada á que agostara en rancho Viejo, los cuales eran relevados cada semana, se nombró el turno y Astucia acompañado de Tacho Reniego, dos arrieros con una mula de equipaje y dos caballos de mano, regresaron hasta Jantelco, para volver recogiendo el dinero de la rama que por todo el camino habían dejado fiada. Pepe el Diabolo marchó para San Felipe á arreglar con el señor Garduño, como lo había ofrecido el negocio de Tacho, y los demás compañeros partieron para sus casas á visitar á sus familias.

Efectivamente, Pepe se le presentó al señor Garduño quien sabiendo que estaban de descanso, ya extrañaba que no lo fuera á ver, le dijo que Tacho había partido con el jefe á recoger dinero y que por lo mismo no volvería pronto; de aquí comenzó á enredarse la conversación hasta el punto que Pepe la deseaba, pues el señor Garduño le dijo echando un suspiro y exclamando : — ¡Ay, amigo mío! ese muchacho me está acabando la vida, valía más que se hubiera quedado por donde andaba; yo ya estaba muy contento mirando que en estos tres años que hace que volvió al redil, está progresando, es hombre de bien y trabajador, pero, amigo, está decretado que no me sirva más que de martirio, y eso me tiene muy afligido.

— ¡Cómo, señor Garduño! ¿qué le ha vuelto á dar á vd. en qué sentir? preguntó Pepe haciéndose de las nuevas. — Sí, D. Pepe, y en alto grado, vd. es mi mejor amigo, tiene influjo sobre Atanasio y yo quisiera que en obsequio de nuestra buena amistad le dé un consejo, le patentice su error, y evite que vaya á hacer la calaverada más grande del mundo, y darme una

fuerte pesadumbre. — Explíquese vd., señor Garduño, cuénteme sus aflicciones, y no me suplique sino mande. — Pues contando con la buena disposición de vd., D. Pepe, voy en el seno de la amistad á confiarle mis penas, á hacerlo juez de mi causa. Vd. es imparcial, franco, y tiene interés en el bienestar de su hermano, de mi hijo Atanasio; vamos al negocio. Entre tanto como aspira el hombre alcanzar en este mundo, dos cosas he procurado siempre conseguir aun á costa de mi existencia, y conservarlas como legado hecho por mis antepasados, y son la primera, ocupar un lugar de hombre honrado en la sociedad, y la segunda proporcionar para mi familia lo que pueda con el sudor de mi rostro, sin que mi conciencia me acuse de haber causado mal á nadie; la suerte me ha favorecido, y he conseguido ambas cosas con las que pensaba morir tranquilo y dejar á mis hijos un corto pero legal patrimonio.

Entre todos los parientes y descendientes que llevan mi apellido, ha habido como en todas las familias de bueno y de malo, pero cosa singular, D. Pepe, todos hemos tenido igual orgullo, ninguno ha dado qué decir de su persona, todos hemos procurado mantener sin mancilla el nombre de Garduño, ninguno ha sido infamado ni señalado con el dedo, antes por el contrario, no se cuenta de la raza, sino cosas honoríficas, hechos de valor, de patriotismo que han sido celebrados por gentes de buen discernimiento, dándonos mucho honor mi primo Manuel que fué arzobispo de México. Pues bien, amigo D. Pepe, ese orgullo de ser honrado, sólo acabará en mí cuando Dios me quite la vida, y no he de consentir que ninguno lo mancille, yo tenía fundadas mil esperanzas halagüeñas en que Atanasio en la carrera literaria hiciera algo, salió mi cálculo errado, el muchacho no le inclinaron los estudios y se perdió el tiempo, quiso ser labrador, lo puse al tajo, y cuando iba á ponerlo de mayordomo y aliviar su situación para que tuviera algún descanso, se me largó á correr la tuna, volviendo después de cinco años con una mula flaca y un tercio fiado de tabaco, por casualidad no se me pervirtió, yo no quería recibirlo, estaba mi amor propio ofendido, no había hecho una gracia; luché y por fin triunfó mi amor paternal, no sin satisfacer mi cólera con una buena tranquiza.

Cuando vi que por ese giro que tiene podía buscar un peso, lo he fomentado, jamás he tenido ánimo de prestarle nada sino de dárselo, y por tenerlo algún tanto amarrado y ver cómo se conducía, he estado manteniéndolo en la inteligencia de que sólo fué prestado, y recibiendo los abonos que me ha traído; porque no estuviera ocioso el dinero, he procurado volteárselo, tomé en arrendamiento unas tierras, ya tengo guardada una cosecha de cebada y las milpas de Atanasio van muy bien logradas; quería el día menos pensado sorprenderlo con que se encontrara aquí con dos ó tres talegas de pesos, sin que menoscabasen nuestros bienes. Pero, amigo mío, todo me ha desconcertado ese muchacho con haberse enamorado de una niña que labrará para él su segura desgracia, y para mí una eterna afrenta, un baldón, y el más grande deshonor. No sé cómo demonios ha venido á dar por aquí esa maldecida doña Pomposa que como la mala hierba, hasta los animales la repugnan, ignoro el cómo fué Atanasio á relacionarse con ella, y sólo la fatalidad pudo hacer que se enamorase de su hija. Ya está el negocio tan adelantado, que la abominable vieja ha comenzado á disponer todo lo concerniente á la boda, y como el último que sabe las cosas es el... ya vd. me entiende, aunque yo trate de evitarlo echándola de padre, adonde el muchacho tonto meta cabeza, hace lo que se le antoje, se burlan de mí, desconoce mi autoridad, y damos un escándalo endemoniado.

— Pues vea vd. lo que son las cosas, señor Garduño, yo pensaba que Atanasio iba bien, una muchacha de buenos principios, de familia decente, rica y que lo quiere con pasión, creo que no se encuentra así no más.

— No es vd. el primero que me lo dice, D. Pepe, engañan mucho las apariencias, yo conozco bien todos los antecedentes de esa mujer, y por no ponerla en evidencia, me he cuidado de publicar quién es, cómo se llama y qué casta de gente es la que se nos ha venido á encajar aquí, pero á vd. le estoy descubriendo mi corazón, le voy á comunicar todo, como antes se lo dije, en el seno de la confianza, y espero se lo reserve porque yo no difamo á nadie sea quién fuere.

La señora doña Pomposa, la tierna madre de ese inocente ángel de candor, la rica propietaria, la caritativa, la muy cris-

tiana mujer, tan relacionada, de fina estirpe, de tan noble descendencia, tan ilustrada y elegante, no es otra más que *Amalia la Bulli bulli*, la tapatía más prostituida y escandalosa; no hay parte ni población regular donde no haya dado que hacer á la justicia por su desenfreno; eran tres hermanas á cual más relajadas, cada cual con su sobrenombre, á ésta le decían Bulli bulli; no hay en México ni en cuantas partes ha estado, quien no esté enterado de su depravada conducta, y como ha sido mujer pública es fuerza que en el público, no falte quien le saque sus trapitos al sol; ¿qué tal será mi doña Pomposa, ó por decir mejor, la desvergonzada Bulli bulli, que esa niña Adela ignora quién fué su padre, y creo que la misma madre no lo sabe?

Yo la conocí perfectamente por una casualidad, que sin duda me iba á causar una pesadumbre, desde entonces procuré siempre conservar en mi mente su fisonomía, habiéndome afectado tanto aquel lance, que no han bastado veinte años para que se me borrara. Es el caso que, entre los muchos abajeños que por aquí pasan con partidas, tenía yo amistad con un joven llamado Julio Palma, que entonces tenía como veinte años ó poco más, era así, poco más ó menos, de la estatura de vd. y aun tenía por lo pronto alguna semejanza; yo quería ir á México, y por tal de irnos juntos, violenté mi marcha, nos alojamos en el mesón del Chino y la partida se situó en Aragón, mi amigo Palma como joven era alegrón, y al venirse una noche para la posada á donde yo lo esperaba para irnos juntos al Coliseo, se encontró con la tal Amalia que andaba en las calles muy ampona buscando pichones, se lo llevó para la calle de Venero en donde había un capullo de esas langostas; lo vieron de botas de campana, les contó que era fuereño, la echó de vanidoso y les sonó unas cuantas onzas que llevaba en la bolsa, luego luego combinaron todas hacerle una de las jugadillas que acostumbraban, lo comprometieron á gastar, mandaron traer que merendar y sobre todo, que beber, con tal necesidad se empeñaban en que tomara licores, catalán, pulque y cuanto le brindaban, que le hicieron entrar en malicia, fingía que bebía y que se le trastornaba la cabeza, pero con mucho disimulo examinó la pieza, tanteó la puerta, y en vano buscó el puñal que llevaba en la bolsa del costado de su cha-

queta, ya se lo habían zopiloteado sin sentirlo; cuando las malditas lo creyeron de sazón, la primera que se lo echó encima para asegurarlo armada de tamaña navaja, fué la dicha Amalia, á quien de un solemne hofetón aventó mi amigo lejos, cayendo á gran distancia patas arriba; se encendió el tumulto, parecía Palma toro embolado, apenas se quitaba á una, cuando ya otra le acosaba; Amalia más atrevida, se le cerró, le tiró algunos navajazos que recibió en la manga que se enrolló en el brazo izquierdo; pudo agarrarle la mano y no con poco trabajo logró desarmarla, aunque á costa de recibir en los dedos una cortada, se le afianzó entonces á los araños y mordidas plantándole una en la mano izquierda, y él solo pudo quitársela á empellones y manazos; al pegarle uno de ellos, se le atoró en los dedos un arete de esos chinescos que usaba la maldecida, lo estiró recio y se le rasgó la oreja del lado izquierdo, en otro zoquetazo á la vez que una buena patada, volvió á caer la fiera aturrida; esto alarmó á las demás que corrieron en su socorro, y aprovechando Palma aquel momento, se salió para la calle; el lance fué violento, muy poco se redujo al dicho, todo fué de hecho, y excepto los rugidos de Amalia, que bramaba llena de rabia, nada se percibió en la calle de semejante ataque; llegó mi amigo al mesón todo desgarrado de la camisa, con las manos ensangrentadas, la dragona de la manga toda tajajeada, contándome sus aventuras y presentándome los trofeos de guerra quitados en el más reñido combate, en cambio de su puñal, una navaja que parece daga y un arete machucado, contándome todos los pormenores y dando gracias á Dios por haber escapado de semejantes furias infernales. Al momento nos salimos con un criado todos armados, fuimos á la accesoria, y aunque dimos mil empujones y rondamos la calle, no encontramos ni quién nos diera razón de las malditas.

Lo mismo aconteció en los días subsecuentes, conservándose cerrada la accesoria y con un papel que decía: «se arrienda»; mi amigo tenía necesidad de seguir adelante con su partida de mulas, y dejándome aquellas prendas para ver si averiguaba yo algo del paradero de esas lagartijas nos separamos, yo tomé con empeño la encomienda y después de andar la ceca y la meca, me encontré con la tal Amalia la bulli bulli en un lupanar de

por Sta. Inés, adonde hacían pie sus hermanas, tenía la cara amarrada y en la oreja descubierta le vi pendiente el otro arete igual al que yo tenía en la bolsa, quise presentarme á la justicia y promoverles un mitotito, pero mi amigo se había largado, y aunque las pruebas que tenía yo podrían hacer alguna fe, temí que tal vez no consiguiera mi objeto de que la castigaran y perder el tiempo y el dinero, marqué desde entonces su fisonomía, supe su vida y milagros y me volví para mi casa; en la calle se presentaba de traje blanco muy ampón, y en la casa de china, con la camisa muy desgogada y pierna pelada. Es guadalajareña de las mentadas tapatías, y ahora viene aquí á querernos hacer comulgar con ruedas de molino.

Desde el primer día que yo la vi al salir de misa cuando legó á la villa, luego luego la conocí, á pesar de su traje largo, tápalo de lana, su libro y rosario en la mano, agarrada del brazo de ese borrachón que ha de haber sido de su ralea y hoy lo tiene como perro faldero, porque, amigo, « aunque la mona se vista de seda, si no muda de especie, mona se queda. »

Pues ahora bien, figúrese vd. qué estómago me haría y cuál sería mi sorpresa al saber que mi hijo, el único de mi familia que transmitirá mi apellido, está loco enamorado de la hija de un ignorado padre, y de Amalia la bulli bulli, la escandalosa tapatía. No dudo que haya vuélto sobre sus pasos, que hoy edifique con su ejemplo, que la suerte favoreciéndola la haya sacado de tan degradante esfera, que su hija sea la virtud andando, en fin, que sea una santa, todo puede ser, Dios es muy misericordioso, sus altos designios son incomprensibles; yo seré el primero que la venere con fervientes oraciones, pero, amigo mío, eso será cuando pasados cien años la canonicé el Papa, y entretanto no me apeo de mi macho, estoy en mis trece y repito, que primero me quite Dios la vida, que consentir en que se empañe el honor de mi apellido que me legaron mis padres, y lo transmitiré aunque pese al mundo entero del mismo modo; antes le pego un tiro á ese muchacho loco, que dejarlo emparentar con semejante familia, el empeño de esa mujer no se me oculta, quiere darle á su hija no un marido sino un apellido, como es tan conocida en México, no puede figurar en la clase á que aspira, quién sabe si esa languidez de

la niña proviene de algún mal que le haya valido algunos pesos, es imposible que la hiel produzca dulce, D. Pepe, « de tal polo tal astilla, mala la madre, mala la hija, y peor la sábana que la cobija. »

Ya sabe vd. cuáles son los motivos que tengo para repugnar semejante entroncamiento, á vd. lo hice como mi amigo juez, espero su fallo y me someto resignado á lo que sentencie, ¿tengo ó no razón? ¿debo consentir ú oponerme? vd. decida.

— Con mucha justicia, amigo Garduño, se ha mostrado vd. renuente, y yo en su lugar haría lo mismo; pero ¿para qué más misterios? confianza por confianza, deseche vd. sus temores, vuelva la tranquilidad á su espíritu, Atanasio no ama á esa señorita Adela, me lo ha contado todo, y por último le he arrancado su resolución, esto no ha sido más que una red hábilmente tendida para pescarlo, la mujer ésa es una lebrona, sus sospechas de vd. no carecen de fundamento, y hemos meditado todos los pormenores y Atanasio no queriendo darle á vd. en qué sentir, no piensa volver por aquí hasta que yo le haya quitado este lazo; así se lo he ofrecido, y yo quisiera, amigo mío, que me ayude á meditar el modo menos comprometido para quitarnos esa avispa que le ha dado tan malos ratos. — Si tal cosa consigue, D. Pepe, se lo agradeceré en el alma, y ya que trata de eso, no me parece por demás advertirle mis temores; como estaba resuelto á oponerme de todos modos, no se me ocultó que agravada esa mujer porque sus planes venían á tierra, pusiera en juego sus perversas maquinaciones, la conozco bien, sé de cuánto puede ser capaz y mucho me temía que interpusiera ese influjo que tiene y su dinero en perjudicar á mi hijo, que sin duda yo conseguiría persuadir sin más que contarle lo que á vd. le he dicho. Mirando la hermandad de vds. también suponía que tomarían parte, y no ponía dificultad ninguna en que creciendo el asunto en mayores proporciones, les tocara un ramalazo de la venganza de esa furia infernal; á fuerza ese apantallado les ha de haber dicho quiénes son vds., cuál es su giro y si se ofrece hasta del camino que llevan y las precauciones que toman, todas esas noticias en poder de una mujer de esa clase, son armas temibles, y una denuncia ó cualquiera otra traición me sería muy sensible y difícil de evitar, necesitamos sangre

fria y como dicen los Hermanos de la Hoja : *con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión*, reflexionemos.

— Desde que me comenzó vd. á contar la aventura de su amigo Palma, se me paseó por la mente hacer una diablura de las mías. ¿Conserva vd. por casualidad los despojos cambiados en la acción de marras? — Sí, D. Pepe, por curiosidad ahí los tengo en mi papelera para eterna memoria. — Pues al avío, andando que el sol se mete, como dice el charro Alejo, démelos vd., es imposible que esa mujer se acuerde de las facciones de Palma, y luego en veinte años se desfiguran tanto los hombres, voy á representar su papel, á recordar su agravio, á confundir á esa maldita, á aterrorizar á esa furia, á desmascarar á doña Pomposa, á imponerle la ley á la miserable Amalia la bulli bulli; ya le conozco el juego, sé su condición, y la sorteada no es de ningún riesgo, es necesario á esta gente hablarle en su idioma, ya el diablo la cogió entre ojos, y no se escapa de mi garra, tráigame esas apreciables prendas porque á ellas y á la astucia les deberemos nuestro triunfo. — Pero, amigo D. Pepe, ¿ha meditado vd. su plan? — Sí, señor Garduño, ya está formado, vengan esas chácharas, no seré Pepe el Diablo, sino un verdadero demonio, si mañana á estas horas está esa capulina por aquí, se lo ofrezco por el honor de los Hermanos de la Hoja, porque éstos serán su pesadilla, el coco que la asuste y la mordaza que le impida el uso de la palabra.

Se metió el señor Garduño, y á poco entregó á Pepe una navaja de muelle con cache de concha, y un arete chinesco diciendo : — Que Dios lo saque con bien, señor D. Julio Palma, comerciante en partidas de mulas y caballada. — Eso fué *in illo tempore*, hoy no és más que Pepe el Diablo hermano de la Hoja, es el tiempo tan variable; no me dilato, y mirando su reloj dijo : — Son las cuatro, en una hora de buena conversación recordaremos nuestra vida pasada, somos conocidos viejos, y carbón que ha sido lumbré, con facilidad se prende; á las cinco ó antes volveré para que me dé las albricias. Llegó Pepe á la casa de doña Pomposa, y antes de entrar al zaguán salía por él D. Tranquilino muy enojado echando mil maldiciones con su voz aguardentosa. — Vd. dispense, caballero, dijo Pepe, ¿es ésta la casa de la señora doña Pomposa? — Sí, ¿y qué?

contestó aún colérico. — Según me parece, ¿vd. será por ventura su esposo? Me han dado un encargo y necesito hablarle. — ¿Por ventura su esposo? ¿por ventura? ¡por mi desgracia, por castigo de mis pecados! ¡Maldita sea la hora en que enredamos el trompo! cada día es más exigente, yo no soy el amo de la casa, soy su muñeco, un estropajo, me manda con la punta del pie, y luego es tan claridosa que se ofendería un santo, luego luego salen las champadas, que me viste, que me calza, que me mantiene mis vicios, que soy un inepto, quiere que le sirva al pensamiento; esto no es vida, es un infierno. ¿Dónde voy á indagar quién ha soltado esas especies que tanto han ofendido su delicadeza? yo no conozco á nadie, y á buena hora salen con esos remilgos y patrañas, y luego ¡Santo Dios! á lo que llegan las gentes, siempre será negro lo negro, blanco lo blanco, en fin, caballero, pase vd. á verla, quizás así se le olvidará el molerme con su encargo.

Pepe entró, llamó en la puerta vidriera de la sala, y salió doña Pomposa á abrir. — Señora, á los pies de vd., dijo Pepe quitándose el sombrero. — Beso á vd. la mano, caballero, contestó ella, tenga vd. la bondad de pasar adentro y tomar asiento. Entró Pepe, hizo una caravana á la niña que estaba cerca de la ventana sentada en una butaca leyendo, le contestó con una inclinación de cabeza y continuó hojeando el libro, se sentó Pepe y doña Pomposa hizo lo mismo.

— ¿Tengo el honor de hablar con la señora doña Pomposa? — Una fiel servidora de vd., y le hizo un dengue que por poco suelta la carcajada el visitante. — ¿Y á qué feliz casualidad tengo la honra de recibir su visita, caballero? — Señora, no es por ventura feliz la casualidad, sino todo lo contrario, soy por mi desgracia el ave de mal agüero, el mensajero de fatales noticias; pero nadie está safo de una mala hora, tenemos la vida pendiente de un hilo, y... en fin, ¿para qué he de atormentar á vd.? según se conoce á primera vista no es vd. persona vulgar, y por lo mismo recibirá las cosas con más calma sin embargo es mujer, yo bien quise excusarme de semejante encomienda, pero una súplica salida de los labios de un moribundo es un mandamiento que lleva consigo la obligación de cumplirlo, ármese vd. de valor, y... — ¡Por el amor

de Dios! señor de... — Julio Palma, servidor de vd., señora. — ¡Palma!... ¡Palma!... No recuerdo si he visto á vd. en alguna otra parte, aunque la fisíonomía y apellido creo que no me son desconocidos. Pero, señor de Palma, ¿dígame vd. por vida suya? ¿cuál es esa fatalidad que me persigue, quién es ese moribundo, y cuál el encargo que le hizo?

— ¿Conoce vd., señora, á Atanasio Garduño, un joven contrabandista de los Hermanos de la Hoja? pues... — ¡No prosiga vd., caballero! ya adivino todo, solo este golpe me faltaba para ser la mujer más desgraciada. ¿Pero qué te sucede, Adelita? estoy con vd., señor de Palma. ¡Jesús, niña! cada día estás más delicada; vamos para adentro, apóyate en mi brazo. La niña estuvo escuchando el preludio, y en cuanto oyó decir el nombre de Atanasio, se le cayó el libro de la mano y se agachó como si mirara el suelo, la madre la hizo meterse y dejándola en la cama, volvió á ver á su visita que luego le preguntó: — ¿Qué es cosa de cuidado lo que le ha dado á esa encantadora niña? — No, señor, uno de los repetidos ataques de sus nervios, todo eso más tengo que agradecer á ese hombre, desde que se apasionó mi niña de él, cada día está más rematada. — ¡Cómo! ¿esa niña se apasionó del contrabandista, de ese barbaán? ni me lo diga vd., señora. — Sí, señor Palma, y la cara se me cae de vergüenza al confesarlo, ¿pero qué quiere vd. que haga una tierna madre? tenemos las frágiles mujeres unas debilidades. — Pues, señora, sin que se ofenda vd. le declaro que su niña ha tenido una desacertada elección y la creo digna de mejor suerte, ¡un arriero! ¡un Hermano de la Hoja! me parece increíble, y yo no sé cómo vd., señora, que desde luego da á conocer su talento y buenos principios, no se ha opuesto, ¿sabe vd. por ventura quiénes son esos hombres? — Demasiado, señor de Palma, demasiado, ellos tienen la culpa de que ese joven se haya malogrado, lo han sonsacado y buscádole su perdición, ya estoy bien informada y Dios los libre de mi rencor, con cualquier cosa que yo diga, con cuatro letras que ponga caen en la ratonera, figúrese vd., señor de Palma, que estoy muy relacionada, que tengo mucho influjo con personas que me aprecian, que me deben favor, subo y bajo las escaleras de Palacio y entro á los ministerios como

en mi casa; nada me cuesta denunciarlos, y como Tranquilino averigüe algo y se confirmen mis sospechas, ya está que me la pagan los tales contrabandistas, principalmente ese maldito de Pepe el Diablo que según me dicen es el más audaz y perverso, pues nadie me quita de la cabeza, que él ha sido el autor de esas hablillas que difaman mi honra, y por eso es que todas estas gentes me miran con desprecio.

— ¿Pero en qué funda vd., señora, sus sospechas? — En el dicho vulgar, en lo que todos me dicen, no ha habido persona de quien me haya valido para indigar, que no me salga con una misma respuesta, diciéndome: — Sólo el diablo, niña, el diablo que en todo se mete, el diablo que no duerme, el diablo que en todas partes mete la cola, y en fin, todos de distintas maneras sólo al diablo culpan, es así que por aquí es muy conocido el susodicho Pepe el Diablo, luego es claro que ése ha sido y no otro el que me anda desacreditando y difamando mi bien sentada reputación, yo quisiera saber dónde se encuentra, para decirle cuantas son cinco y hacerle entender que una mujer de mi calibre, es capaz de confundirlo de veras en el infierno, me ha tocado en la parte más noble, en mi honor y he de tener el gusto de hacerlo arrastrar una cadena y... A este tiempo se oyó adentro un ruido como de algún mueble que tiraban al suelo, y gritó doña Pomposa: — ¡Jesús, Jesús! esa criatura se mató; dispéñeme vd. un momento, señor de Palma, no dilato, y se metió á la recámara, ínter tanto Pepe estudió su papel, advirtió el rasgón de la oreja izquierda, y fastidiado de tanta habladuría, se propuso terminar cuanto antes su misión.

Salió á poco rato doña Pomposa diciendo: — Ya le va pasando, y se sentó al frente de Pepe sobre una poltrona; éste tomó la palabra diciendo:

— Señora, nos hemos desviado del asunto que aquí me trajo, mi tiempo es limitado, y debo cumplir con una encomienda; ya le dije que los encargos de un moribundo, son mandamientos, pues bien, estoy encargado de poner en sus manos estas prendas que le deberán ser muy conocidas. Y sacando el arete y la navaja, se las enseñó.

Las tomó ella, las vió por todas partes, y soltando una car-

cajada, dijo devolviéndolas : — Ja, ja, ja, ¡vaya unas prendas! y ¿quién se las ha dado á vd.? ¿para quién son? creo que vd. ha equivocado su comisión. — No me las han dado, las he quitado, y son para vd., señora. — Cada vez entiendo menos este enredo, si vd. no se explica me mete en un laberinto.

— Dice vd. muy bien, me explicaré, le hablaré en su idioma y como debe hacerlo un hombre ofendido. Se paró, y metiéndole hasta los ojos la mano con la navaja y el arete, le dijo : — Amalia la Tapatía, ¿conoces estas prendas? ¿no recuerdas, infame, que Julio Palma, el comerciante en partidas de animales, te quitó esta navaja de las manos en el lupanar de la calle de Venero, cuando trataste de asesinarlo? Mira, miserable, señalados aquí tus dientes; tiéntate esa oreja rasgada de donde pendía este arete; algún día había de tomar venganza de mi agravio; tu misma navaja te traspasará el corazón, ¡maldita! ¡Concluyamos! Y abrió la navaja é hizo ademán de darle con ella.

A cada palabra y señas que relataba Pepe, crecía su sorpresa, mudaba de color, temblaba de miedo, y al ver su atrevido ademán, no dudó que era el último instante de su vida, se le hicieron presentes sus hechos depravados y no pudiendo ya resistir, se puso con las manos enclavijadas, alzó la cara cadavérica diciendo con voz suplicante : — ¡Perdón, Julio Palma! ¡ten compasión de mí! — ¡De rodillas, miserable, de rodillas! *invoca á Dios para que te perdone*, Amalia la Bulli bulli. Le dió un tirón de un brazo y la hizo pegar un par de rodillazos en el suelo, separándose algún tanto y disponiéndose de nuevo para matarla. Anduvo de rodillas tres ó cuatro pasos repitiendo llena de espanto y temblorosa : — Perdóname, Palma, estoy en pecado mortal, no echés mi alma al infierno, mi condenación es segura, tú cargarás con ese delito. Y llorando de miedo se abrazó de las piernas de Pepe.

— Suéltame, Amalia, tu tacto me irrita más, no me obligues á asesinarte, y de un empellón se la quitó. — Por el amor de Dios, Palma, no me mates : es verdad que fui una criminal, tienes mucha justicia, pero te pido perdón postrada á tus plantas ; si, me lo otorgas, te serviré en cuanto quieras, seré tu esclava, pondré á tu disposición mis intereses y...

— Es que tengo que imponerte condiciones. — Pues yo te juro por esta santa cruz cumplirlas, pero retira esa arma, baja la voz para que no nos escuchen, y dame tu perdón.

— No, no te lo doy, suspendo mi venganza y nada más : levántate, venenosa serpiente. Y dándole un furioso agarrón de un brazo que le hizo pegar un grito, se paró más que de prisa y luego le dió un sentón en la poltrona doblando la navaja con marcado coraje. — Gracias, Palma, gracias, pero mitiga tu cólera, impónme tus órdenes. — Vamos á otra cosa primero : ¿sabes, Amalia, con quién estás hablando? con Pepe el Diablo; dime cuántas son cinco, confúndeme en el infierno, mujer de Satanás. — ¡Cómo! qué ¿no eres Palma? — Ese fué mi primer nombre como el tuyo Amalia, ahora soy tan Diablo como tú Pomposa, así son las cosas del mundo, á mí me dió por ostentar diabluras para cubrir á Palma, porque siendo contrabandista no se manchaba mi propio apellido, á ti te dió por ostentar el nombre de Pomposa y con pompas é hipocresías echar tierra á tu nombre prostituido, á tu vida encenegada en el vilipendio de tu exceso, siendo la escoria de la sociedad y una pública sabandija arrastrada al más inmundo fango, en vano tratas de querer presumir lo contrario cambiando el zagalejo á media pierna por ese túnico largo, el rebozo calandrio por un tápalo de lana, los zapatos de raso blanco por unas babuchas negras; en todas partes eres conocida, llevas contigo el merecido desprecio, y sólo puedes confundirte en donde haya mucha gente que no te conozca. Tú misma me has confesado que tienes influjo y dinero, sé de cuánto puedes ser capaz, y te prevengo, que desde este instante serán espiados todos tus pasos y vigiladas tus acciones; nosotros los Hermanos de la Hoja, también tenemos relaciones y pesos; no entramos á los ministerios ni subimos las escaleras de Palacio como si fuesen las de nuestra casa, pero tenemos mucho más poder, y ésta navaja, mírala bien, Amalia, será la que te des-pene cuando menos lo esperes; cualquier contratiempo que nos sobrevenga ya sé de dónde procede; cuídate mucho de las cuatro letras, una denuncia, ni trates de meterte con nosotros : somos muchos, tenemos ramificaciones por todas partes, y muy poco nos cuesta quitar de en medio, un reptil venenoso como tú, y ya lo sabes por experiencia, al diablo nada se le oculta. Te he

hablado con toda claridad para que me comprendas y no te expongas; ese casamiento que tratabas de hacer, desde este instante se desbarata, querías quitarnos un leal y valiente compañero, querías contagiar con tu pública mala fama á una familia honrada, sólo porque tu hija tuviera un legal apellido, pues nada de semejantes cosas consentiremos jamás los Hermanos de la Hoja; ahora para terminar esta odiosa declaración, sólo me falta prevenirte que luego luego mandes disponer tus cosas y te largues de aquí; si antes de la salida del sol de mañana, no has pasado el puente con dirección para México ó para dónde se te antoje, no respondo de tu existencia, y cuidado cómo vuelves á poner un pie por estos rumbos ni de paseo, esa es mi condición. — Pero Palma, ¿y mis intereses? — Véndelos, regálalos antes que yo te los queme y perezcas con ellos. En esto se oyó la tos de don Tranquilino que venía dando de bastonazos por el corredor. — ¿Qué sucede? dijo Pepe como volviéndose á enojar. — Dame siquiera tres días de plazo. — Ni un minuto más. — Pues ayúdame á engañar á... y con un dedo hizo seña al borrachento que entraba por la puerta, continuando en voz alta: — Pues, señor, es urgente, es de todo punto preciso violentar mi marcha, porque si fallece el licenciado todos mis negocios se paralizan. ¿Qué dices, Tranqui, qué mal estamos? El viejo que se oyó tratar con dulzura y jovialidad, cuando esperaba una eterna regañada porque no había hecho nada del encargo, se arrimó poniendo lo mejor posible su semblante amoratado preguntando: — ¿Qué hay, qué sucede, Pompita? — Qué ha de suceder, hijito, una fatalidad, el licenciado N. está gravemente enfermo según me ha dicho este caballero que viene de México y me trae esa noticia, ¿no es verdad? — Sí, señora, muy grave, contestó Pepe. — Y tú dirás, prosiguió diciendo Pompita, tiene todos mis papeles, los expedientes, escrituras de los reconocimientos, en fin, si no los recojo con tiempo todo se trastorna, y sabe Dios si tal vez sufren algún extravío, yo la verdad estoy por recibir el consejo del señor, partir inmediatamente antes de que otra cosa suceda; ¿qué te parece, Tranqui? — Muy acertado, Pompita, y para que veas que no soy posma como luego me dices y que de nada sirvo y... — Dejemos la fiesta en paz, no empieces con tus majaderías. — Me callo, y voy á mandar á Celso que traiga las

mulas y disponga la carretela porque sin duda nos iremos temprano, á las nueve, ¿no, mi alma? — ¿Qué estás disparatando! á las cuatro de la mañana, el sol me causa jaqueca y... — Pero, niña, ¿no ves que no puedo madrugar, y luego me pellizcas porque me voy durmiendo por el camino? — Te quedarás si no te levantas. — Pues no, señor, ni me quedo, ni me levanto, me acomodo desde esta noche en la carretela, y macharemos á la hora que gustes.

— Pues, señora, dijo Pepe lavándose y tomando su sombrero, no le haga yo á vd. mala obra en las disposiciones de su viaje, y le repito á vd. que Julio Palma está siempre listo á cumplirle lo que le tiene ofrecido; si acaso viere vd. en México á su antigua conocida Amalita, sírvase darle una expresión. — Haré presente el favor de vd. — Señor D. Tranquilino, feliz viaje y no hay que desvelarse. — No, amigo mío, no tenga vd. cuidado, ya lo dije, me acurruco desde esta noche en mi asiento, y que salga el sol por Antequera. Doña Pomposa salió á dejar á su visita y en el tránsito le dijo: — ¿Qué no me permites siquiera una vez venir á ver mis intereses? — Puedes hacerlo en cuanto quieras arder con ellos. — ¿Y nos volveremos á ver? — Sí, pero ese día te llevará el diablo en cuerpo y alma para los verdaderos infiernos. Adiós, Amalia, no olvides jamás estas prendas, de una depende tu reposo, de la otra tu existencia, adiós.

— Adiós, Palma, le respondió muy curtida teniendo como á milagro haber quedado con vida, tal fué el miedo que le infundió Pepe, y lo bien que representó su papel. La conciencia nada limpia de la Pompita la hizo ser como todo criminal cobarde y temerosa, no ponía ninguna duda en que Palma ó el Diablo cumplieran sus ofrecimientos, se creía vigilada continuamente; no se le olvidaba aquella hermosa navaja de dos filos que podría metérsela por alguna oculta mano, y como no se contemplaba segura, nunca trató de quererse vengar de los Hermanos de la Hoja, y afanosa se puso esa misma tarde á disponer su marcha, prescindiendo de cuanto por allí tenía, que se reducía á muchos muebles viejos; porque lo de la hacienda no era más que una triquiñuela de doña Pomposa con el licenciado, que trataban de quedarse con ella, siendo el uno síndico del concurso,

y la otra el maniquí para los enredos, en que estaba bastante adiestrada.

Pepe volvió en casa del señor Garduño mucho antes del plazo que le fijó, diciéndole: — Las albricias, amigo mío, porque el diablo se ha salido con la suya, ja, ja, ja. Y se pecaría de risa al recordar la escena.

No cabía de gozo el señor Garduño, se reía también por contagio pues aun ignoraba los pormenores que le contó Pepe con exactitud. — De veras, D. Pepe, que solo el diablo podía haber ahuyentado á esa mujer, lo dicho dicho, se lo agradezco en el alma, y no sé cómo demostrarle mi agradecimiento. — Con una cosa muy sencilla, señor Garduño, con hacerme el favor de escucharme con calma en lo que le voy á comunicar, y con la franqueza que le es característica me diga su parecer; ahora cambiamos los papeles, vd. es mi juez y le ofrezco desde ahora acatar sin réplica su resolución. — Hable vd., D. Pepe, y cuente con mi beneplácito desde luego, yo no le puedo negar nada de cuanto me pida, me acaba vd. de hacer un eminente servicio, lo estimo como amigo sincero, lo amo como á un hijo, y en una palabra, soy todo de vd. — Pues, señor, supuesto tan buena disposición, voy á explicarme: vd. sabe muy bien que los Hermanos de la Hoja, hemos hecho intereses comunes, *Todos para uno, uno para todos*, en esta inteligencia, tomamos parte muy activa y nos auxiliamos mutuamente en todo cuanto concierne á nuestro bienestar, por eso ha sido que yo he tomado á nombre de mi hermano una parte muy activa en el negocio, que casualmente ha tenido feliz resultado, y ahora todos tenemos empeño en que casando á Tacho, el muchacho se ponga en juicio y se eviten para lo sucesivo toda clase de disgustos como los que acabo de arreglar. Hace algún tiempo que está en pretensiones de casarse, y últimamente nos confesó que sólo se lo impedían dos cosas poderosas, la falta de recursos, y el beneplácito de vd.; respecto de lo primero, ya cuenta con quinientos pesos, pues cada uno de nosotros le facilitaremos cien, y para lo segundo, vengo á nombre de mis hermanos y en particular de Tacho á pedirselo á vd., señor Garduño. — Pero, D. Pepe, por lo que miro ese maldito muchacho es el mismo judas, por todas partes pretende, ¿pues no estaba ena-

morado de la Rubia pálida? — No, señor Garduño, jamás lo ha estado, empezó por un simple pasatiempo, la difunta Amalia lo vió simplón y sin mucha dificultad ayudada de la Romántica, me lo iban entompeatando, de manera que sin saber se metió en un compromiso, que á otro que no hubiera tenido nuestro apoyo, se lo meriendan bonitamente. La muchacha con quien está verdaderamente comprometido, es una infeliz huérfana de padre y madre, está atendida á sus manos bajo la sombra de su hermana mayor, casada con un contrabandista mutilado á quien nosotros favorecemos. Aun no cuanta diez y ocho años, es media lamidita, muy mujer, con un genio de fiesta que desde luego da á conocer un corazón inocente, sumamente franca, jovial y candorosa sin dejar de ser muy viva, no tiene una pizca de malicia, en fin, señor Garduño, es una muchacha de *honra y provecho*, que sin disputa hará la felicidad de cualquier hombre de bien. Cuando vi la irresolución de Tacho, me revestí de autoridad, y habiéndome propuesto escudar á Camila [este es su nombre] como si fuera su padre, lo obligué á que me dijera su resolución definitiva, que sin vacilar fué por mi protegida, por mi hija adoptiva.

— D. Pepe, contestó el señor Garduño, al irse de aquí Atanasio, le dije que con mucho gusto le daría el título de hija á una molendera, y no á esa niña Adela que viste trajes de seda, los motivos ya los sabe vd.; pues considero más honrada á una india de chincuete con su metlapil en la mano, que á esas señoras sentadas en su carretela dándose aire con el abanico. Vd. ha tomado parte activa en los asuntos de mi hijo, por esto le doy las debidas gracias lo mismo que á los señores sus hermanos, á todos les vivo muy reconocido por su desinterés y fraternidad; en sus manos pongo la suerte de mi hijo, delego en vd. mis facultades, haga y deshaga de mí y de cuanto me pertenece, lo que guste, este es mi fallo como juez, mi contestación como padre, y estos mis brazos para estrecharlo como mi verdadero amigo. Correspondió Pepe aquella insinuación abrazándolo cordialmente, y prosiguió: — Aun no estoy satisfecho, señor Garduño, mi empeño va más adelante, quiero que me haga la gracia de ver antes á mi hija, á la que verdaderamente será de vd. pues hemos determinado que si no fuere de

su gusto, no se lleve adelante dicho matrimonio, y no crea vd. que es pacto nuestro, es condición expresa de ella, pues sin este requisito jamás admitirá ser la esposa de Tacho; en esta inteligencia, espero que me acompañe á calificarla y con la franqueza que acostumbra, sin consideración que tienda á nada de compromiso, me dé su parecer.

— Repito á vd., D. Pepe, lo que le acabo de decir, vd. es padre de Atanasio, apruebo desde ahora lo que haga, mi confianza no es á medias, sería hacerle poco favor y un agravio si yo dudara de su buena fe, y del empeño que tiene en labrar la felicidad de mi hijo; soy su amigo íntimo y nunca desaprobare lo que haga.

— Pero, señor Garduño, ¿no me hará vd. esa gracia? — No, amigo, ni lo piense, mi voluntad es la de vd., excuse sus instancias porque no he de ir; vaya vd. solo y case á su hijo á su satisfacción, yo seré el primero en celebrar su boda, cuente con mi persona é intereses, mande y será servido. — Pues ahora bien, señor Garduño, me ha dicho que es mi íntimo amigo, ¿no es verdad? — Sí, señor, y lo repetiré siempre. — Corrientes, vamos á otro asunto. Trato de establecer á mi hijo Atanasio, le destino para esposa á una muchacha á quien aprecio, puedo llevado del empeño de asegurar á uno y á otra, cometer un error, cegarme el cariño y con muy buena intención tal vez hacerlos desgraciados; para calificar á mi futura nuera necesito de una persona imparcial, de un amigo de mi confianza que me ayude, pues ven más cuatro ojos que dos, en este supuesto vd. señor Garduño, ¿me quiere hacer el favor de ser mi compañero en tan delicado negocio? se lo pido en prueba de su sincera amistad; ayúdeme á labrar la felicidad de mis hijos. — Es vd., el verdadero diablo, D. Pepe, bien hayan sus padres, porque no tiene un pelo de tonto, haré lo que vd. guste, pero sin darme á conocer, y con toda franqueza le diré á mi amigo cuál es mi opinión respecto de su nuera. ¿Cuándo determina vd. que lo acompañe? — Mañana mismo, amigo mío, por un lado saldrá mi señora doña Pomposa, y por otro nosotros. No volveremos á ver á la Rubia pálida pero nos entretendremos con la morena; en caliente se pega el fierro, y á rey muerto, príncipe coronado; saliendo de aquí á buena hora,

y al sobrepaso de su hermoso overo, pronto estaremos en la casa de mi hija.

— Pues voy á que dispongan mis hijas un itacatito porque por esos montes no ha de haber mucho que almorzar. — Que no pase de cualquiera friolera, señor Garduño, porque allá iremos á comer.

Al otro día, á las cuatro de la mañana, se paseaba junto á las ventanas de la casa de doña Pomposa, un hombre montado en un magnífico caballo, embozado en un jorongo del Saltillo, espí por varias partes y mirando que por dentro nadie se movía se aventuró á tocar por la ventana que le pareció, á los tres ó cuatro golpes se oyó una voz de mujer que preguntaba: — ¿Quién es? — Yo, contestó él de afuera; se abrió un postigo y dijeron: — ¿Qué se ofrece? — Son dadas las cuatro, respondió el interrogado mirando su reloj, y hablando con voz imperiosa: por aquí sale el sol más temprano, cuidado con un descuido, porque el diablo no duerme, me voy al puente. Y picando su caballo se siguió andando de largo. Como á la media hora después, pasaba por el puente una carretela encamisada estirada por cuatro mulitas flaconas, que á fuerza de multiplicados chicotazos parecía que volaban. Una mujer sacó la cabeza y saludaba con la mano al jinete que cual estatua estaba allí inmóvil, vió pasar el carruaje con indiferencia, contestó el saludo enseñando la hoja brilladora de una arma blanca que infundía miedo, á la vez que dirigía una mirada aterradora, y cuando se le perdió de vista soltó una estrepitosa carcajada, guardó su arma, metió espuelas y partió diciendo: — Gracias á Dios que salimos de este enredo, vamos al otro, siempre el diablo será el diablo, pues adelante, Pepe Diablo, acaba de cumplir con tu encargo que más de cuatro recordarán tus diabluras.